



NOTODO.COM

Buscar en Notodo

| | | | | | | | | | |
|--------|--------|--------|------------|------------|-------------|----------------|--------------|----------|------------|
| cine | libros | expos | tecnología | fotografía | concursos | blogdelbecario | notodoagenda | notodotv | tienda |
| música | citas | escena | tendencias | placeres | club notodo | blogs | especiales | noticias | suscribete |



Timothy Leary Yo te leí primero #20

[timothy leary](#) [lsd flashbacks](#) [drogas](#) [lsd](#) [yo te leí primero](#)

galería de fotos



por qué

Porque el libro no tiene desperdicio, y porque la importancia de un personaje como Timothy Leary siempre se ha movido a caballo entre lo contracultural, lo freak y lo científico, y eso bien merece recordarlo.

Si en 2015 las cuestiones tóxicas y/o experimentales del uso de las drogas sigue siendo uno de los temas tabú... ¡imaginaos hace cincuenta años! Uno de los que abrió el melón y decidió hacer explícito el uso de drogas en plena época del ácido hippie fue Timothy Leary, símbolo embajador del LSD.

Ahora, **Alpha Decay** publica hoy **LSD Flashbacks**, la autobiografía química de Leary en castellano: más de 700 páginas de recuerdos en un anecdotario espectacular del que desde **Notodo.com** en exclusiva os compartimos uno de sus capítulos más brillantes, para que os pique el gusanillo:

Colocarse de esfuerzo y sufrimiento

Otoño de 1960, Universidad de Harvard

Al poco de poner en marcha el proyecto de la psicilobina escribí una carta entusiasmada a Arthur Koestler, a Londres, en la que le resumía nuestro trabajo y le invitaba a unirse. Sus escritos me habían preparado para la «experiencia mística», y quería compensarle por haberme cambiado la vida. Recibí noticias suyas de inmediato. Iba a asistir a un congreso neurológico en Estados Unidos y estaba interesado en probar los hongos.

Arthur me inspiraba ciertas reservas como sujeto. Era muy racional y controlado, con poco sentido del humor. Parecía atormentado por un antiguo pesimismo europeo.

Pocos días antes de su llegada, Arthur llamó desde Michigan para decirme que allí ya le habían dado psicilobina y que había sido la peor experiencia de su vida. Cancelaba su visita a Cambridge. No, gracias.

Después de prometerle que no le serviríamos nada más fuerte que buen vino francés, accedí a venir de todos modos.

Tenia un aspecto horrible cuando lo recogí en el aeropuerto. Al parecer un psiquiatra inglés de Ann Arbor llamado Pointsmann, al enterarse de que tenía programado tomar psicilobina conmigo, se había ofrecido para organizarle una sesión a Arthur en mi lugar. Para cuando nos acomodamos con el Blanc de Blanc, Arthur ya estaba enfascado en su narración.

—Empezó muy bien. Me tumbé en el diván y pronto empecé a experimentar el tipo de fenómenos de los que hablan los místicos de la mescalina. Dibujos luminosos de gran belleza. De habérmelo permitido, es probable que hubiera compartido la visión del profeta Elías al ascender a los cielos. Pero me dio la impresión de que eso era procurarse visiones baratas, de modo que me obligué a abrir los ojos. Nada de caminos fáciles para mí. Me felicité por mi sobrio autocontrol. La mía era una mente racional que no iba a sucumbir a los engaños de unas pildorillas.

—Eso es una invitación al desastre —le dije—: tratar de imponerse al propio cerebro.

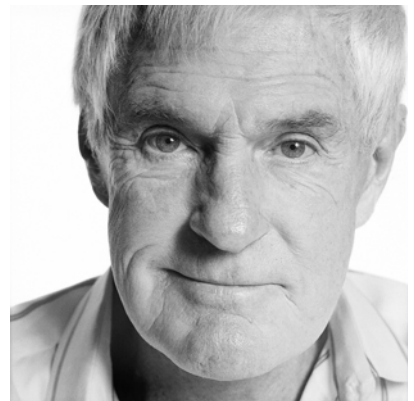
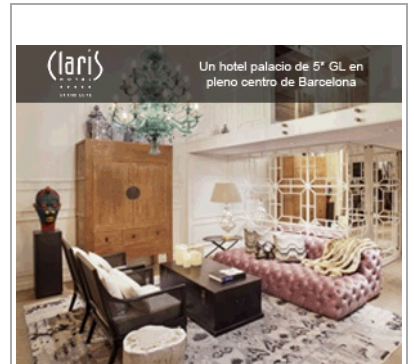
—A esas alturas —prosiguió él—, la habitación parecía diferente aun con los ojos abiertos. Los colores no sólo eran más luminosos y fosforescentes, sino que presentaban una calidad diferente a cualquiera que hubiera visto antes. Para describirlos tendría que inventar nuevos términos: las cortinas eran verdantes, las paredes ósqueas, el cielo por la ventana se veía esmerde. Pero mi mente no iba a dejarse embaucar por esos oropeles. De repente el reflejo intermitente del carrito de cinta se volvió significativo, ominoso. Cuando el doctor Pointsmann entró en la sala había padecido una increíble transformación. Tenía la cara de un amarillo enfermizo y partida en dos como una célula al dividirse. Una pequeña cicatriz que tenía en el cuello y en la que no había reparado antes estaba abierta de par en par y trataba de engullir la carne de su barbilla bulbosa. Se le había encogido una oreja, y la otra había crecido varios centímetros. Parecía un demonio sonriente y depravado.

»Supongo que me tomé los hongos en un estado mental inapropiado y me despertaron recuerdos de mis experiencias pasadas como preso político: recuerdos de tortura, lavado de cerebro y confesiones arrancadas a la fuerza.

—Es una pena —le dije con comprensión—. Aprovechando que está aquí, permítame que haga preparativos para que presencie una sesión realizada en un contexto de apoyo. Le garantizo que es completamente diferente.

—De acuerdo. Siempre y cuando no tenga que participar.

Al día siguiente Koestler me acompañó al campus de Harvard, donde su presencia ocasionó un considerable revuelo. Comimos con B. F.



Skinner y hablamos con Jerome Bruner, el famoso psicólogo cognitivo.

El segundo día llamé al Instituto de Salud Mental de Massachusetts para organizar un encuentro entre Koestler y el doctor Max Rinkel, reconocida autoridad en el tema de las drogas. Rinkel no había oído hablar nunca de mi invitado, y le tomé el pelo por su analfabetismo. Acordamos vernos en el bar del Ritz para tomar un cóctel.

Al cruzar el río Charles de camino a Boston, Arthur se dio a recordar a dos queridos amigos suyos que habían investigado la mescalina en Berlín durante los años veinte. Sus sesiones psicodélicas abrieron reinos enteros de experiencias y revelaciones compartidas. Intentaron hablarle a otros de sus descubrimientos, pero ni amigos ni colegas, ni siquiera sus familias, los escucharon. Al final la alienación se hizo tan grande que se vinieron abajo por la presión. Uno partió a México, donde murió al cabo de poco. El otro se fue a Múnich a que lo tratara, o lo maltratará, un famoso psiquiatra que no logró entender la naturaleza creativa y trascendental de su experiencia. Desesperado, dejó el tratamiento, regresó a Berlín y se suicidó.

Rinkel esperaba sentado a su mesa de siempre. En cuestión de minutos los dos hombres formados en Europa se enzarzaron en una etílica discusión. A Rinkel parecía irritarle que Koestler, sin titulación médica alguna, afirmara conocer el sistema nervioso; Rinkel estaba ofendido aunque –o quizá porque– Arthur acababa de volver de un prestigioso congreso científico sobre el cerebro, donde había pronunciado el discurso de presentación. Apurado por la lógica de Koestler, Rinkel se refugió tras una maraña de agitadores de cóctel. Elevándose desde detrás de una isla de patatas fritas negó que existiese nada llamado mesencéfalo. Koestler se tragó una aceituna con aire triunfal y me lanzó en globo una mirada de resignación.

De repente su expresión se volvió tensa.

–Max –murmuró en tono meditabundo–, ¿alguna vez practicó la psicoterapia en la Reichsklinik de Múnich? ¿Recuerda haber tratado a un psiquiatra de Berlín llamado doctor Moses?

Rinkel no recordaba a ningún doctor Moses.

Como quien interroga a un testigo, Koestler esbozó más detalles sobre su amigo.

–Había estado experimentando con mescalina.

Despertó el reconocimiento.

–Ah, sí, ahora que me refresca la memoria, creo que sí recuerdo haber tratado ese caso. Hace tanto...

–¿Tiene alguna idea de qué fue de él?

–No. Estaba a punto de preguntarle si conocía su paradero.

Arthur suspiró y sacudió la cabeza.

–En realidad, se suicidó en Berlín pocas semanas después de que le diera el alta.

El silencio se extendió por la mesa como una bebida derramada. Rinkel, molesto con el reproche implícito, dio unas caladas a su puro y pidió la cuenta al camarero. Arthur y yo nos levantamos, hicimos una formal reverencia y partimos.

Al salir, el aire procedente del Boston Common era claro y fresco. Nos sentó bien alejarnos del desagradable encuentro. Ya animados, fuimos en coche al North End para visitar a Frank Barron y a la nueva mujer de su vida, la bella Nancy. Nuestro plan era cenar y después volver a casa, donde Arthur tendría la oportunidad de presenciar una sesión de hongos con Charles Olson, el legendario bardo de Gloucester.

Nuestra cena con Frank y Nancy en el Steel Helmet estuvo presidida por un ambiente festivo. Al llegar a casa encontramos a Charles Olson en la cocina, hablando con el joven Jack. El grupo se reunió en el estudio. De un hueco de la pared saqué una pintoresca caja oriental con incrustaciones en madera de distintos colores. Contamos las pastillas para cada viajero. Arthur estiró la mano, para gran sorpresa mía.

–Dejad que os acompañe.

Cogió diez píldoras, una dosis de buenas proporciones, y las acompañó con un trago de whisky.

Escuchamos Bach. Había esporádicas conversaciones acompañadas de risillas. La suave paz del hongo se impuso.

Las mentes crispadas y aceleradas ronroneaban con lentitud. Nos fuimos sintiendo más ligeros y serenos. Titiló la llama de una vela sobre la mesa. Nancy y Frank se miraron a los ojos. Jack. El grupo se reunió en el estudio. De un hueco de la pared saqué una pintoresca caja oriental con incrustaciones en madera de distintos colores. Contamos las pastillas para cada viajero. Arthur estiró la mano, para gran sorpresa mía.

–Esto es la perfección –murmuró–. Todos, todo es tan hermoso. Jamás había escuchado una música como ésta. –Cerró los ojos y dejó tan sólo su sonrisa de gato de Cheshire.

La paz se prolongó durante horas. Entonces, mientras Mozart resplandecía en la habitación, alcé la vista y vi que Arthur tenía la cara roja y angustiada, con ojos que expresaban un sufrimiento de siglos.

Su voz se elevó en un quejumbroso contrapunto al concierto.

–Esto es maravilloso, no cabe duda –dijo–. Pero es falso, un sucedáneo. No hay camino rápido y fácil a la sabiduría. Sudor y esfuerzo son el precio del conocimiento.

»Recuerdo que en las queridas montañas austríacas de mis días de colegial, tardábamos seis horas en escalar un pico de dos mil metros. Hoy en día es posible alcanzar esas cumbres en cuestión de minutos, en coche o telesilla.

–¿Qué ha dicho? –preguntó Olson, a un millón de kilómetros de distancia.

–Algo sobre sudor y esfuerzo –respondí.

–Y pese a todo, hoy en día –continuó Arthur–, se ve a millares de colegiales, parejas maduras e incluso ancianos que se afanan entre jadeos por el abrupto sendero, abrumados por el peso de sus mochilas.

–¿Ha dicho jadeos? –preguntó Olson.

–Cuando llegan al refugio alpino cercano a la cima, empapados en sudor, piden a gritos su recompensa: una vasito de schnapps. Después contemplan la vista.

»No estoy hablando de la virtud del esfuerzo y el sufrimiento. Estoy hablando de que, aunque la vista es la misma, su visión es diferente de la de quienes llegan en automóvil.

Esto le provocó una alegre risilla.

–Tómame un schnapps, Arthur –gritó Olson con entusiasmo.

–La mente racional y un sobrio autocontrol –voceó

Arthur, con una involuntaria sonrisa de oreja a oreja–.

Este misticismo de olla exprés es la profanación última.

Con eso prorrumpió en carcajadas, nos hizo un jovial gesto de despedida y salió de excursión fuera del cuarto.

Temeroso de un retorno de la paranoia de Michigan, llamé a su puerta. Barron me gritó con voz alegre que entrara.

Él y Nancy estaban abrazados bajo las mantas.

–¿Dónde está Arthur?

–No sabíamos que fuera su habitación. Nos hemos tirado en la primera cama que hemos visto, sin más. Se ha presentado hace un minuto y se ha deshecho en disculpas.

Miré en los cuartos para invitados del fondo del pasillo.

–Arthur. Arthur.

–¿Tim? ¿Eres tú?

Estaba arrebujado bajo las mantas, con una almohada agarrada al pecho y una sonrisa enajenada, ciego como un murciélago. Aliviado al ver a mi pupilo a buen recaudo, fui al piso de abajo. Contemplé el fuego y fumé cigarrillos hasta altas horas de la noche.

1932, Springfield, Massachusetts

Me tumbaba en la cama y practicaba mi estilo inhalador con un cigarrillo imaginario, en un intento de decidir por qué marca me inclinaría al cumplir los dieciséis. No albergaba la menor reserva respecto a volverme adicto a la nicotina. Toda estrella del cine hacía gala del vicio como complemento necesario para el glamour. Bette Davis, Claudette Colbert y Katharine Hepburn daban nerviosas caladas mientras caminaban arriba y abajo por sus áticos de lujo. Cary Grant, Clark Gable y Humphrey Bogart sostenían colillas en la boca con sofisticado descuido mientras llevaban a cabo sus hazañas. Franklin Delano Roosevelt, la autoridad definitiva, siempre aparecía en las fotos con su garbosa boquilla inclinada hacia arriba. Senadores y estrellas del deporte ensalzaban a gritos sus marcas favoritas. Caminarían un kilómetro por un Camel.

Old Golds prometía que ni una tos en un cargamento.

Lucky Strikes daba a entender que cada pitillo traía buena suerte. En los anuncios del New Yorker figuraban elegantes figuras de clase alta que aplacaban sus nervios (¡el mayordomo le ha tirado sopa en el regazo a la duquesa!) encendiéndose un Murad.

Me tentaban los Kentucky Winners porque patrocinaba los partidos de los Red Sox en la radio. Cada vez que Joe Cronin o Jimmy Fox se anotaban un home run, ganaban cartones de ese placer gustoso e intenso. Pero los Chesterfield eran mis favoritos de verdad. Me gustaba el paquete blanco y dorado.

La puerta de mi dormitorio se cerró de golpe. Como un detective privado, había pasado un cordel por una polea situada encima de la puerta para poder abrir o cerrar sin levantarme de la cama. Di un tirón de la cuerda. Allí estaba Tote, contentillo, con cara de perplejidad.

–Hijo, voy a hacer el amor con tu madre, y quiero esta puerta cerrada.

Dio otro portazo.

Fingiendo dormir, tiré de la cuerda y abrí de par en par.

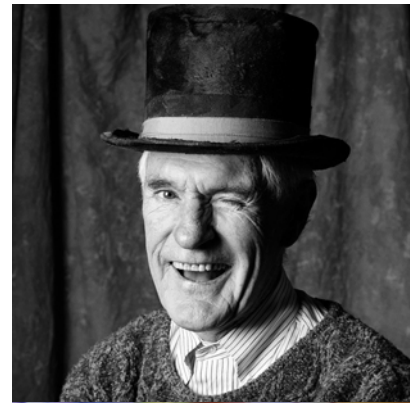
–¿Qué coño le pasa a esta puerta? –rezongó Tote. La cerró una vez más. Yo volví a abrirla.

Al cabo de unos minutos regresó mi padre con un martillo y selló la puerta con clavos. No me preocupé. Conocía las rutas de huida.

Otño de 1960, Universidad de Harvard

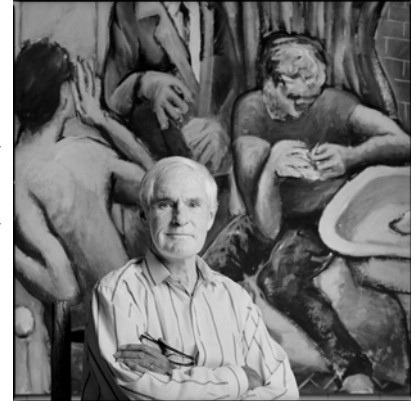
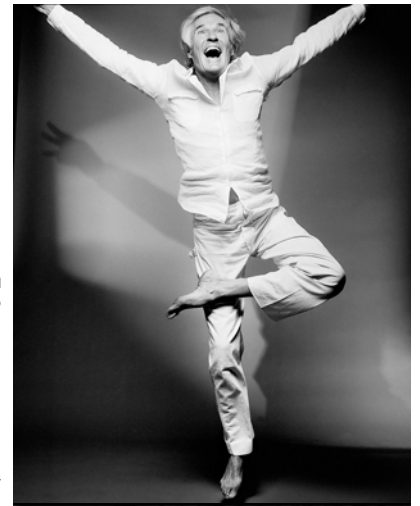
A la mañana siguiente, cuando lo desperté para otra ronda de citas en Harvard, Arthur se incorporó en la cama con una sonrisa todavía en los labios.

–Esas pastillas de anoche no me afectaron lo más mínimo.



Tengo una mente fuerte.
 -Desde luego que sí -repliqué yo.
 De camino a casa después de nuestro día en el campus Arthur compró dos botellas de Pouilly Fousse y una de whisky escocés.
 Empezamos por éste último en el estudio.
 Arthur alzó su vaso y le arrancó un tintineo de hielo con una sacudida.
 -Seré fiel a mi droga. El alcohol es un estimulante social.
 Lo calienta a uno a la vez que lo acerca a la gente. Los hongos te llevan hacia dentro como un remolino, demasiado cerca de ti mismo.
 Producen una psicosis terapéutica pasajera: nunca me he sentido mejor. Pero allí no hay sabiduría. Anoche resolví el secreto del universo, pero esta mañana he olvidado cuál era.

Al día siguiente me pasé por el despacho de Frank Barron.
 Como un padre preocupado, le pregunté:
 -¿En qué hemos fallado con Arthur? Me dijo que descubrió el secreto del universo pero lo olvidó.
 -Quizá sea mejor así -dijo Frank-. Pero a lo mejor podemos aprender una lección de eso. William James no se cortaba de tomar notas de sus experiencias bajo la influencia del óxido nítrico. Después de una sesión descubrió que había escrito: «El secreto del universo es el olor de las almendras quemadas». Por lo que a mí respecta el universo puede guardarse sus secretos, pero me gustaría tener un registro de lo que la gente experimenta en condiciones inusuales.
 -O sea que la solución -dije yo-, es que tomemos muchas notas; y que registremos las circunstancias externas del momento. El olor a almendras quemadas no es un mal principio. Con una mascarilla de óxido nítrico en la nariz, es comprensible que el portal de entrada al misterio sea nasal.
 -Muy comprensible.
 -Pero ¿por qué Koestler rechaza el éxtasis si no conlleva esfuerzo y sufrimiento? Parece el rechazo a la tecnología de los luditas.
 -¿El qué?
 -Ned Ludd era un obrero imbécil de Leicestershire que convenció a los tejedores ingleses del siglo XIX de que destruyeran los telares, que ahorran mano de obra. Ya sabes: si es nuevo, placentero y ahorra tiempo, tiene que ser malo. Arthur se flagela con la manía bíblica de la culpa.
 Frank sacudió la cabeza.
 -No estoy seguro de que sea tan sencillo. La idea de la revelación tras las pruebas y el sufrimiento es una de las más antiguas de la filosofía. Trabajo duro contra atajos tecnológicos. Las drogas son atajos. Pero también nos proporcionan opciones añadidas. Los telesillas y los coches son alternativas a caminar. Estoy de acuerdo con Aldous.
 No es una cuestión de uno u otro, sino de uno y otro. Si uno quiere puede sudar y sufrir escalando un día, y también subir en un santiamén al día siguiente aprovechando la tecnología.
 -Arthur dice que los que suben a pie ven una vista diferente de la de quienes llegan gracias a la tecnología.
 -¿Quién lo duda? -dijo Frank-. Unos pies doloridos bien ganados siempre mejoran el panorama. Y el sacrificio personal, si no se prolonga demasiado, facilita la devoción.
 Pero es inexacto afirmar que los atajos son fáciles.
 Hace falta mucho trabajo disciplinado, inventivo y arriesgado para construir un telesilla o dirigir una de nuestras sesiones de drogas.
 -Ahora que lo pienso -añadí yo-, todos los secretos de la vida son atajos. Yo soy científico. Rechazar las drogas como herramienta sería igual que rechazar el microscopio porque hace que ver sea demasiado fácil. Creo que la gente se merece todas las revelaciones que pueda conseguir.
 -Sólo quiero saber una cosa -dijo Frank en tono irónico-.
 ¿Arthur ha vuelto caminando y resoplando a Nueva York?
 -No. Ha tomado un atajo de Eastern Airlines con una botella de schnapps en el equipaje.



Alan Queipo
15.06.15

Me gusta Compartir A 2 personas les gusta esto. Registrarte para ver qué les gusta a tus amigos.

Tweet Recommend 2

Añade un comentario...

Comentar con...

Plug-in social de Facebook

www.alphadecay.org

coméntalo . imprímelo . envíalo . + libros . COMPARTIR

otras recomendaciones



09-06-2015
Tripulante y Crucero
 Estrenando clips #30



09-06-2015
Coleccionistas
 Estrenando singles #11



05-06-2015
Operadhy
 Teatros del Canal. Madrid

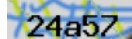


11-06-2015
El Coleta
 M.O.vida madrileña

¿lo has leído?

escribe [aquí](#) tu opinión

código de seguridad (introduce el código que aparece a la izquierda)



nombre (obligatorio):

e-mail (obligatorio, no aparecerá publicado):

comentario:

ENVIAR

